

# NEW LEFT REVIEW 145

SEGUNDA ÉPOCA

MARZO-ABRIL 2024

## ARTÍCULOS

MICHAEL MANN	Explicar las guerras	7
GÖRAN THERBORN	Los futuros de la izquierda	33

## ENTREVISTA

KŌHEI SAITŌ	Reverdecer a Marx	51
-------------	-------------------	----

## ARTÍCULOS

LORNA FINLAYSON	Sobre los males menores	67
NICK BURNS	La deuda estudiantil	75
JIWEI XIAO	Ficciones chinas	99
PETER OSBORNE	¿Política planetaria?	119

## CRÍTICA

ROB LUCAS	Regla gruesa, regla fina	135
JACOB COLLINS	Lecciones de egohistoria	153
TERRY EAGLETON	Joyce moderno	168

---

[WWW.NEWLEFTREVIEW.ES](http://WWW.NEWLEFTREVIEW.ES)

© New Left Review Ltd., 2000

Licencia Creative Commons

Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0)



SUSCRÍBETE

**ts**  
traficantes de sueños



GÖRAN THERBORN

## EL FUTURO Y LA IZQUIERDA

**E**N TIEMPOS COMO estos, la mera aparición de un ensayo como el escrito por Oliver Eagleton ofrece un rayo de esperanza<sup>1</sup>. Su crítica de mi trabajo es a la vez históricamente consciente y generosa hacia los esfuerzos a menudo poco exitosos de una generación anterior. Traza al mismo tiempo nuevos caminos con un compromiso impresionante y una perspicacia bien informada sobre las complejidades de la situación que tenemos ante nosotros. Está surgiendo ya una nueva y prometedora cohorte de la izquierda. Eagleton plantea importantes cuestiones tanto teóricas como políticas a las que responderé sucesivamente.

Primero, sin embargo, un rápido resumen. En «The World and the Left» (2022) argumenté que los grandes procesos dialécticos, que habían ayudado a impulsar el avance social durante un siglo después de 1870 se habían estancado, derrotados en parte por la poderosa ofensiva del capital conocida como globalización neoliberal. La emergente izquierda internacional del siglo XXI se enfrentaba ahora a los legados tóxicos del asalto del capital: desigualdad creciente, caos climático, rivalidades interimperiales. Estas tendencias no ofrecían ninguna dirección dialéctica, ni siquiera para el desarrollo humano elemental. «The World and the Left» examinó las formas y los repertorios de la nueva izquierda –el movimiento antiglobalización, el movimiento por el clima, los movimientos indígenas y campesinos, los habitantes de las zonas urbanas hiperdegradadas, las feministas, los sindicalistas; los levantamientos urbanos del mundo árabe, las revoluciones bolivarianas latinoamericanas, los indignados del

---

<sup>1</sup> Oliver Eagleton, «Therborn's World-Casting», *NLR* 144, noviembre-diciembre de 2023; ed. cast.: «El modelado del mundo efectuado por Therborn», *NLR* 144, enero-febrero de 2024.

sur de Europa, los socialistas democráticos anglófonos— e intentó evaluar sus puntos débiles y sus fortalezas a la luz de los retos sociales, ecológicos y geopolíticos a los que esta nueva izquierda se enfrenta.

En su respuesta, Eagleton ha esbozado una historia de mi trabajo y de mi formación, registrando en mi trayectoria «un alejamiento del punto de vista *engagé* [comprometido] en pro de un punto de vista que denomina olímpico» en torno al cambio de siglo verificado en medio de la incertidumbre sobre si el marxismo mantendría su relevancia en la nueva era<sup>2</sup>. Basándose en mi libro *Science, Class and Society* (1976), cuestionaba la afirmación de que la gran dialéctica social del siglo xx se había estancado o que «la dialéctica marxista [había] sido superada». La detención de la «marcha hacia adelante del movimiento obrero» no impedía la aparición de nuevos procesos dialécticos: ¿podría la tríada «ecología, geopolítica, desigualdad» albergar contradicciones sistémicas comparables a las existentes entre las fuerzas de producción y las relaciones de producción analizadas por Marx? En opinión de Eagleton, «el auge del capital fósil y la correspondiente reacción del colapso climático constituyen una dialéctica en el sentido más estricto del término»: «La “lógica de desarrollo” del sistema se subvierte a sí misma»<sup>3</sup>. Además, añadía, la dialéctica de la crisis climática está ligada a la dinámica geopolítica: «ambas son inextricables y coconstitutivas», el auge de la hegemonía estadounidense y el cambio a una economía mundial basada en el petróleo se fortalecieron recíprocamente después de 1945, mientras que la desregulación de los sistemas financieros y la orquestación de una infraestructura productiva mundial a partir de la década de 1970 constituyeron «otro punto de inflexión en la historia del capital fósil, que fortaleció tanto la matriz imperial como sus cimientos energéticos», aunque ello allanó el camino para que China se convirtiera en la principal productora de emisiones de carbono del mundo y deviniera un potencial rival de la supremacía geopolítica estadounidense<sup>4</sup>.

---

<sup>2</sup> *Ibid.*, pp. 50, 53; *ibid.*, pp. 57-61. A la exposición de Eagleton le añadiría una modificación menor. Mi formación política fue antiimperialista desde una edad muy temprana. Mi padre se interesaba mucho por los asuntos exteriores, contemplados desde una perspectiva antinazi y anglo-estadounidense. Mi primer debate político con él fue en otoño de 1950, cuando yo tenía nueve años: no entendía por qué los estadounidenses estaban en guerra en Corea, un país situado al otro lado del Pacífico. Mi primera postura anticolonialista consciente fue catalizada cuatro años más tarde al hilo del asedio y la toma de la fortaleza francesa de Dien-Bien-Phu por los vietnamitas, que seguí por la radio. Poco después estalló la guerra por la independencia de Argelia. Este fue el contexto político-mundial en el que alcancé la mayoría de edad.

<sup>3</sup> *Ibid.*, pp. 59, 60; *ibid.*, pp. 67-69.

<sup>4</sup> *Ibid.*, pp. 60, 61; *ibid.*, pp. 68-71.

¿Cómo describir esta trayectoria, se preguntaba Eagleton, si no como «una dialéctica endógena en la que las fuerzas de producción basadas en los combustibles fósiles entran en contradicción con las relaciones de dominación estadounidense?»<sup>5</sup>. Es posible que la desigualdad no tenga la misma estructura dialéctica, admite Eagleton, ya que no es inevitable que las poblaciones oprimidas se levanten contra sus gobernantes, pero dados los efectos del colapso medioambiental y de las consecuencias geopolíticas resultantes, todo invita a pensar que plausiblemente estos antagonismos se intensificarán. Eagleton se mostraba de acuerdo en que estas tendencias estructurales carecían de carácter progresista: «en lugar de prefigurar la emancipación, estos polos binarios se limitan a enfrentar entre sí diferentes fuerzas destructivas». El siglo XXI marca la transición de una dialéctica esperanzadora y orientada al futuro a otra más oscura, que colocaba a la derecha nacionalista como la principal beneficiaria del descontento popular. La izquierda podría volver a refundarse, sin embargo, como la única corriente que ofrece una auténtica alternativa, pero esta vez trabajando a contrapelo de las dinámicas dialécticas de la historia en lugar de a favor de ellas, encontrando inspiración en su propio pasado comprendido como un recurso pleno de vida<sup>6</sup>.

### *Problemas teóricos*

Resulta obvio, incluso de lo dicho en este breve resumen, que el de Eagleton constituye un gran ensayo capaz de provocar una estimulante reflexión y un amplio debate. De acuerdo con mi comprensión del mismo, la crítica teórica de Eagleton se centra en dos cuestiones fundamentales: la relevancia analítica y política del marxismo en el momento presente y el poder contemporáneo de la dialéctica. Mi relación con Marx y el marxismo ha cambiado ciertamente desde mi juventud. Cuando trabajaba en mi «trilogía marxista» durante las décadas de 1960 y 1970, mi ambición era hacer del materialismo histórico la ciencia social, al menos para los académicos progresistas, incorporando al mismo tiempo nuevas ideas procedentes de ese campo<sup>7</sup>. Contemplado retrospectivamente, este

<sup>5</sup> *Ibid.*, p. 61; *ibid.*, pp. 70-71.

<sup>6</sup> *Ibid.*, pp. 63-67; *ibid.*, pp. 72-76.

<sup>7</sup> Retrospectivamente: Göran Therborn, *Science, Class and Society: On the Formation of Sociology and Historical Materialism*, Londres y Nueva York, 1976; *What Does the Ruling Class Do When It Rules? State Apparatuses and State Power under Feudalism, Capitalism and Socialism*, Londres y Nueva York, 1978; *The Ideology of Power and the Power of Ideology*, Londres y Nueva York, 1980; ed. cast.: *Ciencia, clase y sociedad. Sobre la formación de la sociología y del materialismo histórico*, Madrid, 1980; ¿Cómo

proyecto era, por supuesto, poco realista: chocaba con los límites de las arraigadas instituciones académicas, pero también, y ello reviste mayor importancia, con las limitaciones del marxismo clásico del siglo XIX.

Pero mantuve el signo de interrogación en *From Marxism to Post-Marxism*?<sup>8</sup>. En términos más generales, resumiría mi posición como un *marxismo plus*, comprendido este en el sentido de un compromiso continuado con la razón emancipadora de Marx, con el materialismo histórico y con las investigaciones que consideran la dialéctica social como la directiva general de análisis. El «*plus*» también significa el rechazo a tratar el marxismo como un manual que hay que implementar en vez de considerarlo, por el contrario, como un compromiso político e intelectual, combinado con una apertura a otros planteamientos analíticos, cuando estos parezcan apropiados. Un ejemplo de ello lo constituiría mi reciente trabajo y activismo sobre la desigualdad, entendida como la distribución de las oportunidades vitales, una cuestión de la que nunca se preocupó el estudioso Marx; la desigualdad era una consecuencia necesaria del capitalismo y desaparecería con él<sup>9</sup>.

La importancia de la desigualdad ha crecido con nuestro distanciamiento del socialismo y el interés académico y cívico por el fenómeno ha aumentado desde la crisis financiera. La «desigualdad» es también una cuestión de normas, cuya importancia el marxismo clásico nunca reconoció. Marx esgrimía algunos buenos argumentos contra la invocación de normas y derechos por parte de los ideólogos liberales de su época. Pero tras Auschwitz y las dictaduras militares de América Latina, los «derechos humanos» se han convertido en un argumento normativo de peso hasta el punto de ser un arma geopolítica de Estados Unidos y la Unión Europea. La gran huelga de Durban de 1973, que puso en marcha el final del *apartheid* sudafricano, estuvo impulsada por la reivindicación de la «dignidad humana»<sup>10</sup>. Del mismo modo, en mis investigaciones sobre las estructuras de sexo-género-familia efectuadas para completar

---

*domina la clase dominante?*, Madrid, 1979; *La ideología del poder y el poder de la ideología*, Madrid, 1987.

<sup>8</sup> Göran Therborn, *From Marxism to Post-Marxism?*, Londres y Nueva York, 2008; ed. cast.: *¿Del marxismo al posmarxismo?*, Madrid, 2014.

<sup>9</sup> Karl Marx, «Critique of the Gotha Programme», *Marx and Engels Collected Works*, vol. 24, Londres, 2010, pp. 87-88, 92; ed. cast.: *Crítica del Programa de Gotha*, Madrid, 1971.

<sup>10</sup> Aquí estoy en deuda con un estudio del decano de los estudios laborales sudafricanos, Eddie Webster, «Exodus Without a Map: What Happened to the Durban Movement?», *South African History Online*, septiembre de 2022.

mi libro *Between Sex and Power*, y sobre las relaciones entre el entorno construido y los modos de gobierno vertidas en *Cities of Power*, impulsadas entre otras cosas por la curiosidad en torno al derecho de familia y el simbolismo urbano, opté por navegar fuera de la órbita marxista, al tiempo que recordaba sus lecciones sobre el capitalismo. Pero Marx siempre fue más grande que el marxismo y para mí el «imperativo categórico» del joven Marx sigue siendo una norma válida: «*Derrocar todas las relaciones en las que el hombre es un ser degradado, esclavizado, abandonado y despreciable*»<sup>11</sup>.

Pasemos ahora al otro cargo teórico levantado por Eagleton: la cuestión de la dialéctica. Eagleton tiene un buen instinto para olfatear las contradicciones sociales y ambos estamos contemplando la dialéctica no como el tema de un seminario filosófico, sino como una herramienta de análisis político. Aparentemente, estamos operando con diferentes concepciones de ella, aunque ambos podríamos estar de acuerdo en que la dialéctica trata sobre la contradictoriedad, sobre la conflictualidad del mundo. Para mí, la forma más interesante, y sociológica y políticamente la más fructífera de desplegarla como herramienta conceptual, es en la prosecución del análisis de los *procesos* dialécticos; es decir, las tendencias autodestructivas de un sistema social, cuya lógica de desarrollo altera las interrelaciones existentes entre los componentes fundamentales del mismo –el marxismo clásico habría hablado de «totalidad» y «unidad de los opuestos» en este contexto– de una manera perjudicial para su funcionamiento.

Así fue como Marx y Engels desplegaron el concepto en su análisis del capitalismo. Detectaron dos procesos dialécticos. El primero radicaba en la contradicción estructural existente entre el carácter cada vez más social de las fuerzas productivas y la propiedad privada de los medios de producción, que conducía a incongruencias estructurales y de ahí a crisis económicas, sociales y políticas. La segunda era una contradicción social o de clase, derivada del crecimiento del proletariado como «clase en constante aumento y formada, unida y organizada por el propio mecanismo del proceso capitalista de producción»<sup>12</sup>.

---

<sup>11</sup> Karl Marx, «Contribution to the Critique of Hegel's Philosophy of Law: Introduction», *Marx and Engels Collected Works*, vol. 3, p. 182; ed. cast.: *De la crítica del derecho de Hegel (1843-1844)*, Barcelona, 2023.

<sup>12</sup> K. Marx, *Capital*, vol. I, Londres, 1976, p. 93; ed. cast.: *El capital*, Madrid, 2017.

Ambas tendencias se materializaron en el siglo comprendido entre 1870 y 1970. La contradicción estructural se manifestó en el creciente papel de la coordinación (o regulación) pública y la propiedad pública en las economías capitalistas avanzadas y en la expansión de la financiación estatal de las infraestructuras, el transporte, la educación y la ciencia. Sin embargo, esta dialéctica nunca estuvo próxima de provocar la crisis del capitalismo. El capital y los Estados capitalistas desarrollaron modos de enfrentarse a esta tendencia, siendo el complejo militar-industrial estadounidense quizá el ejemplo más exitoso de ello.

La tendencia de la clase obrera a crecer en tamaño, concentración, cohesión y autonomía también se materializó, culminando en la década de 1970 en el centro del economía-mundo capitalista. Por entonces el movimiento obrero había logrado avances significativos en el lugar de trabajo y en el ámbito de los derechos políticos, así como una influencia vigorosa en la sociedad en su conjunto. Esta dialéctica funcionó principalmente, por supuesto, en las sociedades más industrializadas, aunque surgieron y crecieron movimientos obreros en la totalidad del mundo capitalista. En la década de 1970 el movimiento obrero europeo elaboró dos proyectos socialistas reformistas: en Suecia el Plan Meidner, que contemplaba la creación de fondos de los asalariados, y en Francia el Programa Común del PS-PCF. Sin embargo, en su primer encuentro con la resistencia burguesa –parlamentaria en Suecia; articulada a través del mercado (fuga de capitales) en Francia– ambos proyectos se rindieron sin luchar. Ninguno de los dos procesos tuvo en cuenta la elasticidad y la adaptabilidad del capitalismo, tal y como las concibieron Marx y Engels de forma impresionantemente clarividente.

He sostenido que otra gran dialéctica se desarrolló a partir de la fase final del colonialismo y ayudó a impulsar el proceso de descolonización. Esta etapa –el colonialismo capitalista-desarrollista– apareció tras formas anteriores de colonialismo: la conquista y el saqueo, la esclavitud en las plantaciones, el trabajo forzado. La idea central era desarrollar la colonia para la acumulación imperial de capital, lo que requería un personal indígena subalterno bilingüe y con (cierta) educación moderna. Los estratos intelectuales anticoloniales que llevaron a sus pueblos a la independencia se desarrollaron a partir de este grupo de subalternos colonizados y modernizados. Su formación como personal colonial tenía un parecido asombroso con la educación en las fábricas de los trabajadores industriales<sup>13</sup>.

---

<sup>13</sup> Como señalé en «The World and the Left», la comparación de la historia colonial y la historia laboral está en deuda con el espléndido análisis de Benedict

Estos procesos dialécticos enormes y dotados de la capacidad de cambiar el mundo han concluido en la actualidad o han sido marginados. La descolonización se ha logrado, al menos formalmente, si bien con la significativa excepción de Palestina. La contradicción estructural, que Marx situó en el centro de su análisis, entre el carácter social de las fuerzas productivas y las relaciones privadas de producción, ha sido neutralizada por la inmensa escala de acumulación de capital privado efectuada durante los últimos cincuenta años. La dialéctica social –el surgimiento de una clase obrera industrial cada vez más cohesionada– se ha roto en el Norte global con la desindustrialización, la expansión del sector servicios y el giro financiero. La industrialización del Sur global siguió abriendo posibilidades para el movimiento obrero, pero en estos momentos se está estancando o incluso está empezando a declinar, registrando una tasa de empleo industrial mucho más baja que la conocida en el desarrollo histórico del Norte global. Asia oriental pareció ser la excepción durante un tiempo, pero incluso en China el empleo industrial se ha reducido por debajo del 30 por 100 de la fuerza de trabajo, eclipsado por un floreciente sector de servicios que ahora representa casi el 50 por 100 de la misma.

Dado este contexto de los procesos dialécticos que han conformado el mundo, si bien de modo delimitado, durante el siglo xx siglo siendo escéptico sobre la construcción especulativa de Eagleton de lo que podría constituir la dialéctica del siglo xxi. Podríamos estar de acuerdo en que «el auge del capital fósil y la correspondiente reacción del colapso climático constituyen una dialéctica», aunque en mi opinión difícilmente «en el sentido más estricto del término»<sup>14</sup>. Podríamos en realidad, creo, considerarla como una colisión de dos sistemas, esto es, la economía capitalista y la ecología planetaria. ¿Importa mucho qué interpretación elijamos? Resulta más difícil seguir a Eagleton a la hora de encontrar una dialéctica constitutiva en la geopolítica contemporánea. La crisis climática y la dinámica geopolítica de los conflictos entre las grandes potencias no solo son «procesos igualmente dialécticos», sino que están «ligados», son «inextricables y coconstitutivos», escribe<sup>15</sup>. Sin embargo,

---

Anderson sobre la formación de la intelectualidad anticolonial en Indonesia. Véase G. Therborn, «The World and the Left», cit.; Benedict Anderson, *Imagined Communities* [1983], Londres y Nueva York, 2016, capítulo 7; ed. cast.: *Comunidades imaginadas*, Madrid, 2006.

<sup>14</sup> O. Eagleton, «Therborn's World-Casting», cit., p. 59; ed. cast.: «El modelado del mundo efectuado por Therborn», cit., pp. 67-68.

<sup>15</sup> *Ibid.*, pp. 60-61; *ibid.*, pp. 69-70.



la posición asumida por Eagleton en este caso parece implicar un amalgamamiento de dólares, petróleo y peso militar, que confunde más que aclara sus interrelaciones materiales e históricas. Sostiene que «la inversión pública estadounidense en el campo de la innovación petroquímica efectuada durante la Segunda Guerra Mundial fue en parte la que permitió a Estados Unidos controlar el sistema interestatal tras su conclusión». Basándose en el ensayo de Adam Hanieh, «Imperio petroquímico», publicado en esta revista, que traza la «relación de fortalecimiento recíproco» existente entre la consolidación de la hegemonía estadounidense, la transición a un régimen energético mundial centrado en el petróleo y el auge del plástico, Eagleton escribe:

El estatus de Estados Unidos como fuente de liquidez mundial –su papel como centro organizador de la producción mundial y los privilegios de emisión de la moneda global dominante que ello conlleva– estaba arraigado en la existencia de la materia prima petrolera [...]. En el siglo XX el desarrollo de las fuerzas productivas basado en el petróleo afianzó unas relaciones productivas asimétricas en las que Estados Unidos reinaba supremo<sup>16</sup>.

Durante la década de 1970, de la mano de la intensificación de la competencia propiciada por Alemania y Japón, se produjeron problemas de exceso de capacidad industrial y de caída de las tasas de beneficio, lo cual requirió, en opinión de Eagleton, la transición hacia el actual modelo de especulación financiera y un «cambio radical en la estrategia imperial», que pasó de fomentar la producción industrial nacional a optar por la búsqueda fuerza de trabajo más barata en el extranjero:

Esa operación de externalización creó las condiciones para el surgimiento de una nueva superpotencia del carbón en Oriente. El crecimiento a gran velocidad de China le permitió emerger como un actor disconforme en el sistema internacional [...]. Estados Unidos, que sigue sufriendo un estancamiento persistente y una capacidad estatal mermada, ha llegado a considerar esta situación como un atentado contra su autoridad soberana y ha respondido con un agresivo programa de contención económica y cerco militar<sup>17</sup>.

---

<sup>16</sup> *Ibid.*

<sup>17</sup> *Ibid.* Aunque no me convencen las afirmaciones de Eagleton, su fuente sobre este asunto me parece fascinante por su fructífera combinación de historia empresarial y marxismo. Véase Adam Hanieh, «Imperio petroquímico. La geopolítica de la producción alimentada con combustibles fósiles», *NLR* 130, septiembre-octubre, de 2021.

Para Eagleton esto demuestra la dialéctica endógena mediante la cual «las fuerzas de producción basadas en los combustibles fósiles entran en contradicción con las relaciones de dominación estadounidense». Pero Eagleton corre el riesgo en este caso de recurrir a la dialéctica como metáfora en lugar de nombrar un proceso social empíricamente delimitado y definible. El «capital fósil» es una idea importante, pero el capital no tiene forzosamente ligado su destino a los combustibles fósiles, al igual que el «capitalismo fósil» no puede sustituir al capitalismo en general. En realidad, la extravagancia de la metáfora puede servir para estrechar nuestra concepción de la lucha por la dominación mundial. El poder global de Estados Unidos debe entenderse como el resultado de un amplio zócalo de recursos y capacidades –económicas, militares, científicas y tecnológicas– que subyace a su sistema de alianzas político-diplomáticas. La sucesión de Estados Unidos al trono de la potencia mundial del Atlántico Norte ya era perceptible a finales del siglo XIX, cuando el Estado continental en vías de industrialización superó a Gran Bretaña en PIB per cápita. Contemplado el proceso retrospectivamente desde un punto de vista histórico, la Segunda Guerra Mundial fue la ceremonia de coronación, ya que Estados Unidos emergió de ella como la única potencia beligerante no sólo indemne, sino enriquecida por el conflicto bélico; el bombardeo de Hiroshima fue la colocación de la corona sobre su cabeza. (La URSS salió de la Segunda Guerra Mundial como la segunda superpotencia mundial, pero parecía mucho más fuerte de lo que era en realidad. Había sufrido enormes pérdidas de población en el curso de la guerra y sus ciudades occidentales habían sido devastadas por el ataque nazi; Minsk en 1945 parecía Gaza en 2024).

Tampoco me convence totalmente el tratamiento de la desigualdad efectuado por Eagleton. Aunque piensa que no constituye «una inevitabilidad histórica que las poblaciones oprimidas se levanten contra quienes las dominan» –de hecho, un materialista dialéctico empírico preferiría evitar la invocación de la inevitabilidad histórica– Eagleton sigue creyendo que «existen todas las razones para creer que las disparidades de riqueza podrían producir formas de antagonismo de clase tan agudas y binarias como las del siglo pasado». Estoy totalmente de acuerdo con su conclusión posibilista, pero no por razones derivadas del proceso dialéctico. Las clases populares del siglo XXI muestran menos deferencia que la mostrada en épocas anteriores; pero en el capitalismo contemporáneo no se discierne una clara tendencia a generar una mayor cohesión y una mayor fuerza en el lado de los desfavorecidos.

## *Prioridades políticas*

Esta es una discusión entre camaradas; Eagleton y yo estamos básicamente de acuerdo en lo político y nuestro debate versa sobre la mejor manera de situarnos en la maraña de este mundo y sobre la mejor manera de cambiarlo. Ninguno de los dos, creo, afirma conocer las respuestas con seguridad; ambos estamos tanteando ideas. Parece que estamos de acuerdo en que el mundo del siglo XXI plantea tres grandes retos a la izquierda: en primer lugar, el cambio climático y el futuro de nuestro planeta; en segundo lugar, la sustitución de la globalización capitalista por la geopolítica imperial, como juego predominante para dirimir la dominación mundial; y, en tercer lugar, la horrenda degradación de las vidas humanas causada por la persistente desigualdad, más espectacular en lo referido a los ingresos y la riqueza, pero también, si bien se ha moderado durante los últimos tiempos, en el acceso a la educación, en la esperanza de vida y en el reconocimiento y el respeto existenciales.

Los envites son altos. Las políticas sobre el cambio climático pueden determinar la habitabilidad y la viabilidad biológica del planeta. En la geopolítica imperial, el dominio mundial durante quinientos años protagonizado por una dinastía euro-estadounidense, que representa a las clases dominantes cristianas blancas del Atlántico Norte –de los reyes de España y Portugal al presidente de Estados Unidos– está en tela de juicio. ¿Es posible que las igualaciones de clase y de género del siglo XX hayan sido una aberración histórica y que la reversión neoliberal desatada a partir de 1980 sea capaz de resucitar el sombrío mundo existente antes de que existieran los sindicatos, los partidos obreros y los movimientos feministas y antiimperialistas? Antes de intentar construir las interrelaciones existentes entre estas tres cuestiones, puede ser útil exponer los problemas políticos específicos derivados de cada una de ellas.

*Ecología.* La emergencia climática constituye la peor crisis del capitalismo y el mayor desafío de su historia; el futuro de la humanidad puede estar en juego. El calentamiento global es también un punto focal para la indignación global por las injusticias que el mismo implica, ya que los responsables de producir la inminente catástrofe –históricamente, los capitalistas del Atlántico Norte de la Revolución Industrial; actualmente, el 10 por 100 de la población mundial, que como consumidores y propietarios-productores son los responsables de casi el 50 por 100 de las emisiones de gases de efecto invernadero– son los que tienen las

mejores oportunidades sociogeográficas de escapar de ella. En cierto sentido, la crisis climática es una gran oportunidad para la izquierda: es evidente que requiere una gran transformación socioeconómica, que plantea cuestiones obvias de justicia redistributiva mundial y que proporciona una idea concreta y simple, que anula la principal baza ideológica del capitalismo: su pretensión de producir más crecimiento económico y prosperidad que cualquier otro sistema. La nueva carta vencedora es la necesidad de una economía planetaria sostenible. La pregunta para la izquierda es: ¿se perderá esta oportunidad? Ciertamente podría perderse, pero no necesariamente.

Gracias a los grupos ecologistas y al trabajo de científicos comprometidos existe una impresionante conciencia mundial de la crisis climática, pero las fuerzas políticas de la izquierda son minúsculas en relación con las tareas que tenemos por delante. Que yo sepa, no hay ningún gran partido de izquierda ni ningún gobierno de izquierda situado en la primera línea de la lucha contra la crisis climática; los Verdes alemanes no cuentan definitivamente como tales. La coalición de gobierno de Gustavo Petro en Colombia, que quizá era la más prometidora a corto plazo, ya se ha fracturado y estancado. En cambio, la escena climática mundial está dominada por diversas variedades de «capitalismo verde» –vehículos eléctricos, acero fabricado con gas hidrógeno, proyectos de captura de carbono y otras innumerables iniciativas–, algunas honestas, otras básicamente atareadas en maquillar de verde formas aún en expansión de capitalismo impulsado por los combustibles fósiles. Algunas variedades de «capitalismo verde» están creando condiciones laborales en fábricas de baterías y minas de litio, que recuerdan a las formas más extremas de explotación de la Revolución Industrial impuestas sobre las poblaciones negras, y ello incluso en el norte de Suecia.

A medio plazo, las devastadoras condiciones meteorológicas provocadas por el cambio climático pueden sin duda empeorar. El capitalismo verde puede convertirse en un emperador desnudo. Entonces puede llegar el momento de lo que Eagleton y yo hemos llamado *movilización por miedo anticipatorio*, que extrae nuevas fuerzas de la *movilización por el resurgimiento* de las luchas democráticas e igualitarias del pasado; un momento que habrá que aferrar<sup>18</sup>. En el programa de la izquierda, la redistribución

---

<sup>18</sup> G. Therborn, *The Ideology of Power and the Power of Ideology*, cit., pp. 121-123; O. Eagleton, «Therborn's World-Casting», cit., pp. 65-66; ed. cast.: «El modelado del mundo efectuado por Therborn», cit., pp. 74-76.

de las oportunidades de vida y la especial protección de las áreas y poblaciones vulnerables deben ocupar un lugar fundamental. Sin embargo, el carácter planetario de la cuestión climática también la hace dependiente de la evolución geopolítica.

*Geopolítica.* La geopolítica imperial es un juego brutal, cínico e hipócrita, que no es bueno para los actores de la izquierda, que tienden a ser idealistas. Los enfrentamientos geopolíticos, caracterizados por la violencia y la mendacidad, también tienden a dividir a la izquierda con sus historias inventadas del bien y del mal. Esto resultó evidente en el verano de 1914, cuando casi todos los movimientos obreros europeos se unieron a sus respectivos dirigentes belicistas nacionales. Este comportamiento ha reaparecido de la mano de las recientes divisiones en torno a las guerras de Ucrania y Gaza. Eagleton y yo estamos de acuerdo en que la izquierda no tiene por qué alinearse con ninguno de los rivales geopolíticos en juego. Sin embargo, necesitamos aclarar las perspectivas de la izquierda a más largo plazo, lo cual significa considerar las respuestas a preguntas que hasta el momento la izquierda del siglo XXI ha tendido a evitar. ¿Qué potencia constituye el último baluarte de la explotación y el privilegio capitalistas? ¿Qué constelación de potencias mundiales haría menos difícil una transformación socioecológica global justa? ¿Qué potencia ha sido la que ha violado del modo más infame los derechos humanos más elementales en el siglo XXI, esto es, el derecho a vivir y a vivir en paz?

Un mundo multipolar en el que el poder de los Estados que representan el 10 por 100 más privilegiado de la población mundial –América del Norte y Europa Occidental– se vea limitado por Estados poderosos que representen el 90 por 100 de la misma parece ofrecer las mejores oportunidades para una salida planetaria y socialmente justa de la crisis climática. Un mundo multipolar también podría ser un mundo con un mayor número de opciones sociales, ya que ni China ni la India tienen el impulso misionero cristiano de Estados Unidos para convertir al resto del mundo en sus discípulos. Resulta plausible pensar que, tras descubrir que no hay futuro para China en un mundo geopolíticamente capitalista de guerra económica y «sanciones», el Partido Comunista Chino pueda incluso volver a una «vía socialista»<sup>19</sup>. Por otro lado, la

---

<sup>19</sup> En la actualidad existe un animado debate intelectual sobre el marxismo y el socialismo en China en el que se hallan implicados muchos departamentos universitarios de marxismo y varias revistas. Una de las más importantes, *Wenhua-Zonghang*, tiene una edición internacional en inglés accesible a través de [thetricontinental.org](http://thetricontinental.org).

probabilidad de que la dinastía occidental de emperadores mundiales prolongada durante quinientos años abdique pacíficamente debe considerarse realmente escasa. La posibilidad de una transición pacífica puede depender en gran medida de la izquierda realmente existente en Occidente. La lucha de la que la generación de Eagleton podría extraer lecciones, inspiración y fuerza es el movimiento contra la guerra de Estados Unidos en Vietnam.

*Desigualdad.* La desigualdad mundial está deviniendo cada vez más intranacional. De acuerdo con la World Inequality Database, la desigualdad económica existente en el seno de un mismo país superó a la desigualdad entre países poco después de 2000<sup>20</sup>. Es más terrible en el Sur global, donde las sociedades han sido desgarradas de múltiples maneras por el colonialismo y sus persistentes legados hasta el punto de impedir el despliegue sostenido de fuerza alguna en pro de la igualdad. Las economías más desiguales del mundo son las antiguas colonias de colonos del sur de África, de Sudáfrica a Zambia, y los núcleos virreinales de los asentamientos imperiales españoles, México y Perú<sup>21</sup>. No hay ningún viento de cola dialéctico a la vista que tienda a fortalecer a los pobres y a los miserables, pero hay escenarios de disputa en gran parte del Sur global y no hay razón para esperar más docilidad, sino todo contrario, dado que las nuevas redes sociales contribuyen a incrementar la comunicación comparativa. Los denominados trabajadores informales carecen de derechos sociales y laborales seguros, pero algunos están organizados, como sucede con los vendedores ambulantes. No ha faltado militancia, sino la existencia de programas, aptitudes transformadoras, liderazgo político democráticamente responsable y capacidad administrativa.

La tendencia a la convergencia entre los Estados en la economía mundial, que caracterizó las dos primeras décadas del siglo XXI, se ha desvanecido tras la pandemia y las perspectivas igualitarias internacionales parecen ahora sombrías. Ninguno de los principales Objetivos de Desarrollo Sostenible de la ONU (hambre cero, pobreza extrema cero, etcétera) se alcanzará en 2030, como estaba previsto. En el otro extremo de la escala, el Bloomberg Billionaire Index se dispara y las emisiones de gases de

---

<sup>20</sup> Lucas Chancel y Thomas Piketty, «Global Income Inequality, 1820-2020: The Persistence and Mutation of Extreme Inequality», *World Inequality Lab Working Paper*, diciembre de 2021, figura 4.

<sup>21</sup> La medida es la cuota de la renta nacional del 10 por 100 más rico. Véase en línea el World Inequality Database's Interactive Map.

efecto invernadero aumentan en lugar de reducirse<sup>22</sup>. Sin embargo, las rivalidades geopolíticas también pueden ofrecer nuevas oportunidades a los países del Sur global; tanto la Unión Europea como Estados Unidos han anunciado planes para competir con la Iniciativa de la Franja y la Ruta china en apoyo al desarrollo.

### *La derecha radical*

Eagleton subraya correctamente que un debate serio sobre las perspectivas de la izquierda debería prestar atención analítica al ascenso de la derecha radical, «principal beneficiaria del descontento popular con el neoliberalismo persistente en Europa y Norteamérica»<sup>23</sup>. Me declaro culpable de negligencia por haberme mostrado mucho más interesado en comprender la izquierda, incluidos sus fracasos y derrotas. El análisis de Eagleton, que se propone captar «la lógica subyacente del ascenso de la derecha», relaciona este con las aficciones del liberalismo predominante, condenado a gestionar economías capitalistas estancadas carentes de toda esperanza de progreso social. En su opinión, las nuevas derechas persiguen las mismas políticas que el centroizquierda neoliberal, esto es, un «chovinismo nacional [movilizado] para vender el propio país a los inversores», menos su hipocresía, lo cual permite a las nuevas derechas cosechar los beneficios de la ideología liberal, su «persistente hegemonía en la vida pública», a la vez que capitalizan las frustraciones provocadas por ella. Una vez en el poder, sin embargo, «los políticos nacionalistas revelan las continuidades con sus predecesores “globalistas”: idéntica fidelidad a los intereses empresariales, desprecio por las poblaciones afectadas por los procesos de desindustrialización, sumisión al imperio estadounidense»<sup>24</sup>.

En lugar de trazar una única «lógica subyacente» del ascenso de la derecha, yo empezaría por reflexionar sobre sus configuraciones. El tema de movilización más común ha sido el etnonacionalismo, desencadenado principalmente por la inmigración, la cual se ha triplicado a escala internacional desde 1970<sup>25</sup>. Ese incremento refleja la creciente polarización mundial entre las zonas de paz y seguridad económica y las que están

---

<sup>22</sup> «The Sustainable Development Goals Report Special Edition: 2023», United Nations, julio de 2023, p. 29.

<sup>23</sup> O. Eagleton, «Therborn's World-Casting», cit., p. 63; ed. cast.: «El modelado del mundo efectuado por Therborn», cit., pp. 72-73.

<sup>24</sup> *Ibid.*, pp. 63-64; *ibid.*, pp. 72-74.

<sup>25</sup> «Interactive World Migration Report 2022», IOM UN Migration, diciembre de 2021.

siendo atacadas o se encuentran sumidas en situaciones de conflicto grave y miseria. El etnonacionalismo exclusivista también puede dirigirse contra minorías religiosas –musulmanes en la India y en Europa; cristianos en Indonesia–, minorías culturales, como los catalanes y los vascos en España, o minorías indígenas, como los mapuches en Chile o los maoríes en Nueva Zelanda. El sorprendente resurgimiento de la religión fundamentalista, de todos los credos, también ha proporcionado tropas de choque a la derecha radical bajo la forma de una reacción militante contra «la ideología de género», el aborto y los derechos de los homosexuales, siendo esta última una de las pocas áreas de la igualdad del siglo xx que ha sobrevivido más o menos intacta al neoliberalismo.

El contexto coyuntural para la emergencia de la nueva derecha radical fue, por supuesto, el triunfo de neoliberalismo. Su base social típica procede de los «perdedores» de la globalización capitalista, esto es, de los sectores económica y culturalmente desfavorecidos de la población nacional, que a menudo se concentran en áreas regionales –las zonas desindustrializadas de Francia, Alemania, Estados Unidos y el Reino Unido– o se localizan en función de líneas de división étnica o etnolingüística, como sucede en Chile, la India y España. En muchos países, la izquierda había representado en otro momento a estas personas, pero a finales de la década de 1980 esta se hallaba desmoralizada y desorientada, aplastada o en proceso de autoinmolación. Los partidos de centro-izquierda –los antiguos partidos socialdemócratas europeos, el liberalismo estadounidense, el Partido del Congreso indio– habían adoptado el neoliberalismo con rostro supuestamente humano, que durante un breve periodo gozó de popularidad electoral entre las clases medias. Pero el centro había perdido todo interés por los «perdedores». Considerándolos ahora privados de todo papel social que desempeñar y desprovistos de alternativas electorales, los había abandonado. La derecha radical se apropió sin dificultad alguna, pues, de la frustración y el resentimiento existentes.

Sin embargo, aunque se trata de una derecha radical –llamarla «populista» sería un insulto dirigido contra el pueblo– solo con dificultad podemos denominarla «extrema» o fascista. Incluso Fratelli d'Italia y su máxima dirigente, Giorgia Meloni, deben la mayoría de sus políticas a Thatcher y prácticamente ninguna a Mussolini, aunque le admiren por haber presidido una época en la que Italia fue «grande». Como señala Eagleton, las propuestas políticas de la nueva derecha se ajustan a los parámetros de la economía y las políticas liberales, que pueden ser



realmente desagradables. Como señala Eagleton, las propuestas políticas de la nueva derecha se inscriben en los parámetros de la economía liberal y el orden político liberal, lo cual no deja de ser realmente repugnante. Esta nueva derecha acepta ahora la UE y la OTAN, a lo sumo con pequeñas reservas, mientras que partidos con evidentes orígenes nazis y antisemitas, como el FPÖ austriaco, el Rassemblement National francés y los Demócratas Suecos, adoptan ahora posiciones proisionistas. La derecha tradicional y la nueva derecha radical se hallan en estos momentos en proceso de fusión.

### *Esperanzas racionales*

Todo esto, sumado al hecho de que la economía neoliberal conserva cierto atractivo en el Sur global por haber desencadenado el crecimiento económico (radicalmente desigual) en Asia y África –y en América Latina, limitado básicamente a Chile y Perú y tras pagar un elevado coste social–, conduce a una sombría visión del presente, que Eagleton y yo compartimos. Pero ninguno de los dos nos rendiremos y concluiré con dos argumentos a favor de la racionalidad de tal postura. En primer lugar, las coyunturas políticas y sus asuntos fundamentales tienden a moverse en oleadas, que rara vez duran más de una década, a veces menos. La actual terminará y surgirá una nueva ola. Mientras tanto, las cuestiones decisivas del siglo permanecerán vigentes. Debemos estar preparados para aprovecharla.

En segundo lugar, podemos afirmar que el futuro se ha convertido en una cuestión de esperanza y no de una dialéctica que se despliega. Estos días estoy relejendo *El principio esperanza*, de Ernst Bloch. Libro escrito al mismo tiempo que *La dialéctica de la Ilustración* de Adorno y Horkheimer por otro filósofo marxista judío-alemán en el exilio, el tema y el tono de la obra de Bloch contrastan dramáticamente con la autopsia de la Ilustración que se autodestruye efectuada por los frankfurtianos. *El principio esperanza* puede ofrecer, por lo tanto, una herramienta intelectual más útil en nuestros tiempos oscuros. (Aunque incluso Adorno y Horkheimer podían sostener en 1944, que la tarea pendiente de realizar era «la redención de las esperanzas del pasado»)<sup>26</sup>. Para Bloch la esperanza es superior al miedo, porque no es pasiva ni está «encerrada en la nada». La esperanza es activa, orientada hacia el exterior y

---

<sup>26</sup>Theodor W. Adorno y Max Horkheimer, *Dialectic of Enlightenment*, London y New York, 1997, p. xv; ed. cast.: *Dialéctica de la Ilustración*, Madrid, 2016.

hacia el futuro; aspira a una vida mejor. «¿Por qué gente ha soñado de modos tan elaborados una y otra vez con esto? ¿Como es que ha soñado con una vida mejor, que podía ser posible», escribe Bloch<sup>27</sup>. Su obra en dos volúmenes –tres volúmenes en inglés– examina el carácter de las «emociones expectantes», la «conciencia anticipatoria» y la imaginación utópica, distinguiendo entre, por un lado, las puras quimeras, el «escapismo enervante» y las «historias almibaradas» y, por otro, las ensoñaciones enriquecidas por la «razón participante».

Para Bloch, la esperanza es un sentimiento o una facultad que puede ampliarse y educarse, convirtiéndose en *docta spes*, o *begriffene Hoffnung*: «esperanza educada». Mientras que las utopías sociales, tecnológicas y religiosas que el libro estudia de la mano de la obra de Platón y Agustín, de Fourier y Weitling, dedican las nueve décimas partes de su espacio al estado ideal del futuro, «el camino hacia él permanece oculto». Marx, por el contrario, parte de las «tendencias operativas» del presente para de este modo descubrir mejor un camino hacia el futuro a través de lo que Bloch llama «la unidad de la esperanza con el conocimiento del proceso» o, podríamos decir, mediante la esperanza y la dialéctica. Se trata para Bloch de «un sueño concreto», de «una utopía mediada por el proceso». El equilibrio entre ambos era importante: no se debía permitir que la lucha científica contra las nebulosas formaciones idealistas extinguiera la «columna de fuego» utópica<sup>28</sup>. La gente sigue todavía soñando con una vida mejor y ahí reside la esperanza del cambio social. Tal vez esos sueños apunten en direcciones diferentes, pero sigue existiendo la posibilidad de que los oprimidos y los desfavorecidos –y muchos otros también– decidan, basándose en la experiencia, que una vida mejor requiere un mundo igualitario, pacífico y democrático.

---

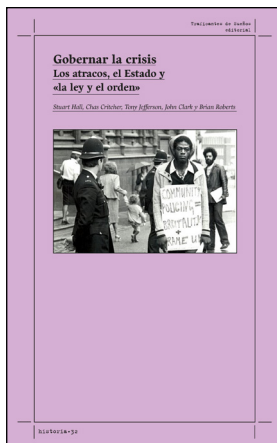
<sup>27</sup> Ernst Bloch, *The Principle of Hope*, vol. 1, Cambridge (MA), 1986, p. 3; publicado originalmente como *Das Prinzip Hoffnung*, Frankfurt am Main, 1959; ed. cast.: *El principio esperanza*, 3 vols., Madrid, 2006 y 2007.

<sup>28</sup> *Ibid.*, pp. 620-623.

traficantes de sueños

www.traficantes.net

C/Duque de Alba 13, 28012. Madrid



# Gobernar la crisis

## Los atracos, el Estado y «la ley y el orden»

Stuart Hall, Chas Critcher, Tony Jefferson,  
John Clark y Brian Robert

Colección: historia 32

PVP: 30 €

Este libro es un cuadro agudo y penetrante, seguramente la mejor historia social de Reino Unido para las décadas de 1960 y 1970, en la que desfilan la crisis de las relaciones laborales y la explosión de huelgas del periodo, la parálisis del laborismo convertido en aparato de administración del ciclo de acumulación, el desarrollo y la represión de la contracultura británica, el Ulster, los atentados del IRA y la Angry Brigade, la emergencia de los primeros movimientos sociales, el advenimiento de la nueva derecha que luego dirigirá Margaret Thatcher, pero sobre todo la formación y posterior politización de las comunidades migrantes, principalmente las afrocaribeñas. Sobre la base de las formas de vida de este proletariado negro, parcialmente expulsado en la crisis del empleo regular, este libro muestra el perfil bifaz de la represión del Estado y de unas formas de vida que pasan de la marginalidad y la pequeña delincuencia a estar protagonizadas por una creciente militancia. En conjunto, *Gobernar la crisis* se presenta como uno de los mejores análisis de la forma de la crisis en las sociedades capitalistas avanzadas.